

Los Andes  
MENDOZA. SÁBADO 16 DE AGOSTO DE 2008

Cultura

## ARQUEOLOGÍA

# Cementerios prehistóricos de Mendoza

La exploración arqueológica ha permitido reconstruir hábitos y ceremonias de los primigenios habitantes de la región en torno a la muerte.



Enterratorio del Rincón del Atuel.

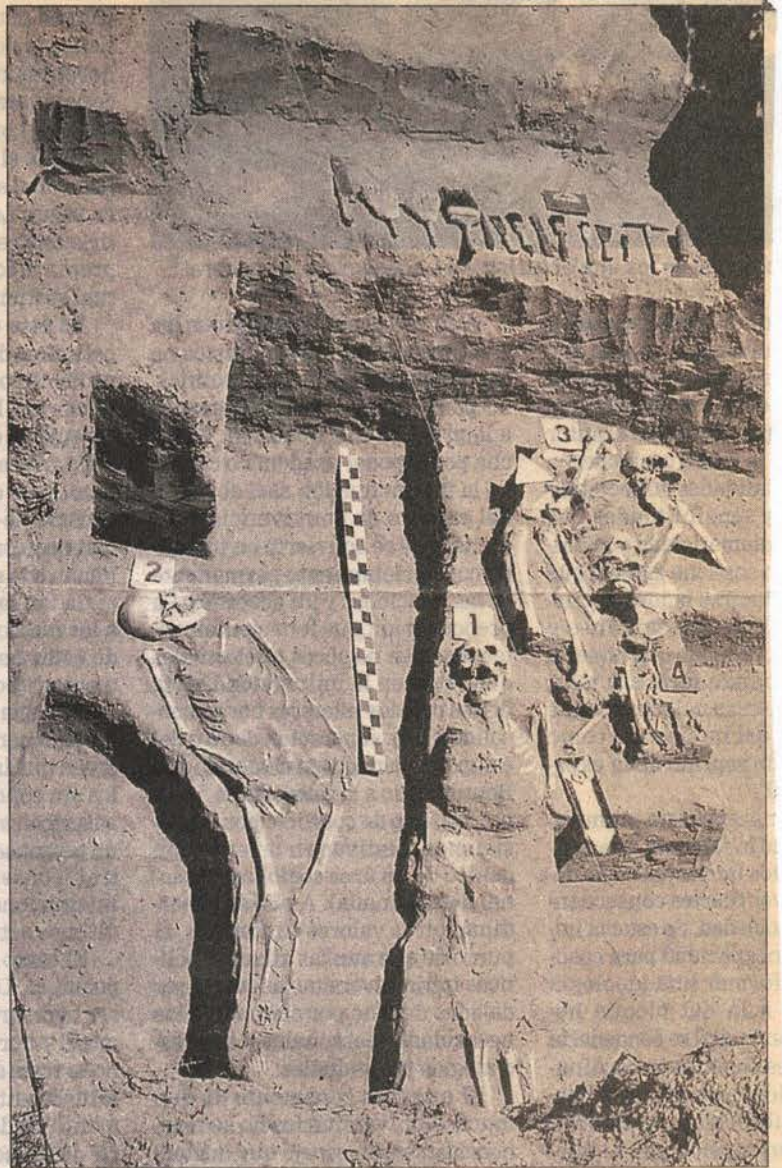
Por **Humberto Lagiglia**

Es indudable que los numerosos hallazgos prehistóricos que llaman la atención en nuestro medio se deben a manifestaciones de la conducta humana de la cultura de pueblos prehistóricos que vivieron en ese seno. Las diversas formas de inhumación de los restos que hallamos dentro de la prehistoria de Mendoza responden a diferentes modelos:

Uno de ellos consiste en entierros que directamente eran colocados en el suelo en diversas posiciones. En algunos casos cuidaban la orientación cuyo eje, cabeza-bregma se orientaba desde el oeste al este. Sin embargo, no hay una pauta cultural acerca de un patrón en la posición de las inhumaciones. El cuerpo generalmente se colocaba en posición extendida, a veces lateralizado con los miembros deflectados o directamente flexionados. Se utilizaba la posición decúbito dorsal, es decir de espalda. Esto para los cazadores recolectores que habitaban el sur de la provincia. Generalmente, en la mayoría de estos casos carecían de ajuar funerario. En cambio, después del siglo XVII, las inhumaciones de los grupos pehuenches araucanizados, si bien se hacen con el cuerpo extendido, están rodeados de cascabeles, botones metálicos de hasta 10 cm, conos, copas semiesféricas de adornos y

una serie de objetos de metal (hierro, cobre y latón), madera y por supuesto, de la vestimenta.

*Algunos cazadores solamente han poseído collares de caracoles de moluscos marinos, redondelas de piedra o de turquesa.*



Enterratorio del Rincón del Atuel.

Hallazgos de este tipo se han localizado en el Cerro Mesa de Malargüe y a orillas del río Mendoza, como así también en el sur de la provincia, en el río Grande. Para esta época, los grupos de pehuenches araucanizados que habían avanzado desde Neuquén e instalado en las riberas del sur de Mendoza se habían convertido en semi-sedentarios, trashumantes y pastores de animales domésticos. Si bien no faltaba en ellos la caza y la recolección, procedían a trasladarse en el verano hacia la zona de montaña cordillerana y en el invierno hacia los valles bajos o el piedemonte de las cerrilladas de la provincia. Algunos cazadores solamente han poseído collares de caracoles de moluscos marinos, rondelas de piedra o de turquesa. Este es el único elemento que aparece con ellos. Aparte del entierro en sitios al aire libre, aprovechaban los aleros o las piedras aisladas, debajo de los cuales trataban de colocar los restos funerarios.

Diego de Rosales, cronista de Indias del Reyno de Chile, a mediados del siglo XVII, se refiere a estos grupos de indígenas cazadores recolectores y no se priva de hacer algunos comentarios sobre su naturaleza. Refiriéndose a la forma en que estos inhumaban sus restos funerarios, nos dice:

"... En muriendo un indio se junta toda la jente a enterrarlo, y todos aunque no sean parientes, se han de estar llorando veinte y cuatro horas y revolviéndose a juntar todos, y para esto lo desentierran, que por ser los lugares de

entierros muy húmedos se conservan con su carne. Y uno que tiene el oficio de cirujano o anatomista le va cortando toda la carne, dejándoles los huesos limpios, que seca al sol, los va pintando de colorado, amarillo y otros colores, y la carne la entierran y si algún perro acierta a llegar y coger algún pedacillo lo ha de matar, y si no, le tienen los parientes por enemigo porque echó la carne de su pariente a los perros y le procuran quitar la vida con veneno. Los huesos ya pintados los ponen en una bolsa de pellexo de varios colores y reparten entre todos, dando a cada uno de los que le ayudaron a llorar un pedazo, y el llanto es de todos con grande amargura y voces, repelándose la cabeza y pintándose de negro y

colorado las caras. Y acabadas las honras ponen los huesos en unas alforjas muy pintadas y sobre un caballo las llevan a que descansen de los trabaxos de la vida a una casa que para esto les hazen junto a las suyas, y siempre que se muda a de ser la primera casa que se arma la de los huesos del difunto. Para el día de las honras echan el sermón al indio más viejo y más elocuente, el cual habla altamente de la brevedad de la vida, de la certidumbre de la muerte, y consuela a los vivos con razones eficaces..."

En el Valle de Uspallata, un singular hallazgo de un enterratorio realizado en las usinas sur de la localidad y estudiados por el Dr. Juan Schobinger, posibilitaron descubrir un entierro con un in-

interesante ajuar de metales laminados, numerosas puntas de proyectil trabajadas en obsidiana, tensores de arco de metal y un recipiente o vaso de combarbalita. Mineral éste correspondiente al grupo de las esteatitas o talcos cuyo yacimiento madre se encuentra en la región de Combarbalá, La Serena, Chile y del cual se ha utilizado su materia prima para la confección de pipas en San Juan, alisadores de cerámica en Barrancas, Maipú y este vaso de Uspallata. Indudablemente se trata de vinculaciones culturales con el Norte chico chileno y su edad debe corresponder con seguridad hacia los 900 años de la Era Cristiana.

También las zonas de Barrancas de Maipú, que es un sitio que debe ser considerado como un lugar de reserva arqueológica, antes de ser avasallado por los predios de cultivo, es uno de los principales lugares donde han existido numerosos asentamientos prehistóricos y donde se han encontrado entierros o inhumaciones con un sorprendente ajuar. Este consistía en ollas policromas de la Cultura de Viluco, y su antigüedad corresponde entre el 1300 y 1650 de la Era Cristiana. Si bien de tanto en tanto se descubren entierros hacia el norte del Diamante, pocas veces se informa a los centros de estudio. Esto en virtud de que los entierros carecen de señas superficiales y sus descubrimientos se hacen al azar.

En el sur mendocino, los cazadores-recolectores dejan en diversos lugares por donde deambulan sus restos funerarios, que en muchos casos se conservan al no ser trasladados como decía el cronista Diego de Rosales. Sin embargo, estimamos que a pesar de lo que éste expone de que trasladaban sus huesos cuando cambiaban sus viviendas, y lo primero que construían era un lugar reparado para los restos de sus funerales, esto no debió ser en forma permanente, ya que estimamos que cuando llegaban a los lugares de invernada los colocaban junto a entierros colectivos, como se verá en otra oportunidad.

Repasaremos ligeramente algunos descubrimientos que se han realizado en diversos sitios, y que en muchos casos, si bien han constituido rescates hechos por terceros, en otros se ha intervenido pa-

ra que adecuadamente sean extraídos con técnicas arqueológicas.

En la zona del Atuel medio, las llamadas lomas o bajadas del Puesto Moyano, cerca de Las Tinajas y Los Jilgueros, se descubrió un enterratorio, el cual estaba indicado con un promontorio de piedras. A pesar de esto, cuando se revisaron los restos de los promontorios, que se estimaba podía ser tumbas, se llegó a la conclusión de que estas eran falsas tumbas. El esqueleto encontrado por este autor y colaboradores, estaba en posición lateralizada con las piernas flexionadas y la cabeza acomodada entre las rocas que eran puestas intencionalmente. Pese a que el hallazgo estaba en buenas condiciones de conservación, carecía de ajuar. Si bien es muy probable que los cazadores-recolectores, al inhumar sus restos, les pusieran algunos elementos como arcos, flechas, cestos y comida, éstos han desaparecido con el tiempo.

En la entrada del Cañón del Atuel, en la bajante de uno de los cursos de agua, se produjo el hallazgo de un entierro, que lamentablemente había sido dispuesto en un hueco entre las piedras y sumamente removido por la acción de las inclemencias ambientales, lo cual permitió rescatarlo en forma incompleta. También en la parte posterior de las viviendas del personal que construía el dique de Valle Grande se descubrió otro esqueleto aislado, el que fue adecuadamente extraído para el Museo.

En cierta oportunidad, mediante la extracción de sedimentos para una finca, uno de los niños que acompañaba a su padre en estas actividades observó que dentro de las barrancas, a escasamente un metro de profundidad aparecía un cráneo humano. De inmediato se dio intervención policial y al museo, lo cual permitió extraer un esqueleto completo en excelentes condiciones, el cual estaba en posición extendida y pudo ser rescatado para estudios de su naturaleza.

En diversos sitios del piedemonte y la cordillera han aparecido entierros humanos, pero en muchos casos fueron removidos por los lugareños, pudiéndose de alguna manera rescatar los restos para las investigaciones.



Enterratorio de Valle Grande.

En la zona de Los Buitres, al oeste de San Rafael, se produjo un interesante hallazgo de un enterramiento de un cazador-recolector, fechado en el 1000 de la Era Cristiana, el que apareció en los faldeos de un médano. El hallazgo pudo realizarse mediante la intervención del autor y proceder a extraerlo en la misma posición que fue inhumado.

Otros de los hallazgos de interés consistió en restos humanos que habían sido inhumados colocándose debajo de una gran piedra, el que contenía cuentas de moluscos y de turquesa.

La importancia de todos estos descubrimientos reviste en que su rescate permite a los estudiosos que desarrollan actividades en el Museo Municipal de Historia Natural de San Rafael, como la Dra. Paula Novellino, realizar investigaciones antropológicas, las que atraen a otros investigadores del país para perfeccionar los datos que sostienen.